

El LEGADO

de enseñanza de Derek Prince

El Propósito de la Prueba

“¿Qué es el hombre... para que lo visites todas las mañanas, y todos los momentos lo pruebes?” (Job 7:17-18)

No es una revelación asombrosa que Dios nos visite cada mañana y nos pruebe en cada momento? Cuando por primera vez esto fue real para mí, tuve que preguntarme: ¿estoy preparado para recibir la visita de Dios cada mañana? ¿me levanto con esa expectativa?

Luego me pregunté: ¿por qué Dios nos prueba? ¿cuál es Su propósito?

El diccionario nos da una interesante definición del verbo probar: Cerciorarse del valor de una persona... sometiéndola a ciertos exámenes. Dios no nos prueba porque esté enojado con nosotros o porque quiera reprendernos. Por el contrario, la prueba es una señal del favor de Dios. Él nos prueba porque quiere determinar nuestro valor.

Un joyero somete al oro o a la plata a ciertas pruebas.

Lo hace porque son valiosas. No se molesta en probar metales comunes como el hierro o la hojalata.

En el tiempo de los patriarcas había un hombre cuya justicia era sobresaliente. Su nombre era Job. Dios estaba orgulloso de él. En efecto, se jactaba de Job ante Satanás: “¿no has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?”. (Job 1:8)

Como era de esperarse, la respuesta de Satanás fue atribuirle motivos egoístas a Job: “él solo te sirve por los bienes que recibe de ti”.

En respuesta, Dios permitió que Satanás probara a Job. Primero le permitió destruir todo lo que le pertenecía a Job: sus posesiones, sus siervos y sus hijos. Luego, Dios permitió que Satanás tocara aun el cuerpo de Job –para afligirlo con llagas desde la cabeza hasta los pies. Pero no le permitió tomar la

vida de Job.

Job reconoció que Dios lo estaba probando. “Me probará”, dijo, “y saldré como oro” (Job 23:10) – eso es, oro probado por el fuego. Esto le dio la fuerza para soportar. Clamaba en la agonía de su alma, pero nunca se rindió.

Como suele suceder, Elifaz y otros dos amigos religiosos de Job, concluyeron que sus sufrimientos se debían a los pecados que había cometido, y sostuvieron todo tipo de acusaciones terribles contra él. Al final, sin embargo, Dios vindicó a Job y reprendió a sus amigos. Le dijo a Elifaz: “no habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job”. (Job 42:7)

Abraham fue otro hombre justo que se vio sometido a pruebas severas –aun al punto de tener que ofrecer a su hijo en holocausto a Dios. Abraham fue sometido a pruebas especiales porque tenía un destino especial –convertirse en el padre del pueblo escogido de Dios, tanto judío como cristiano. Dios usa pruebas especiales para quienes tiene propósitos especiales.

El Nuevo Testamento nos advierte con claridad que, como cristianos, debemos esperar ser sometidos a prueba. Pedro compara nuestra fe con el oro, cuya autenticidad se prueba con el fuego. (1 Pedro 1:7) Santiago nos dice que debemos responder a la prueba con gozo:

Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna. (Santiago 1:2-4)

En diferentes ocasiones yo he tenido que arrepentirme y pedirle perdón a Dios por no responder correctamente a algunas de nuestras pruebas. ¡No las tomábamos con mucho gozo!

Mas adelante, Santiago toma a Job como ejemplo de respuesta ante la prueba: “habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo”. (Santiago 5:11)

¿Prueba o castigo?

Es de vital importancia que aprendamos a distinguir entre la prueba de Dios y su castigo. Muchas personas parecen suponer que después de hacerse cristianos están exentos del castigo de Dios –en especial si han sido creyentes durante un tiempo considerable. Esta actitud, sin embargo, no tiene respaldo en las Escrituras. A dichos creyentes el libro de Hebreos ofrece una advertencia poderosa:

y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo:

“Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”.

Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. (Hebreos 12:5-8)

En cuanto a esto, Dios inculcó en mí el ejemplo de su trato con Moisés. Moisés tenía 80 años cuando el Señor le ordenó regresar a Egipto para liberar a Israel de la esclavitud. Cuando Moisés se encontraba apenas de regreso a Egipto, el Señor salió a su encuentro y buscó matarle. (Éxodo 4:24-26)

¿Por qué? Por su desobediencia. Moisés no había cumplido el pacto de la circuncisión que el Señor había hecho con Abraham y sus descendientes (Génesis 17:9-14). Solo cuando Moisés se arrepintió y circuncidó a su hijo, el Señor le perdonó la vida y le dejó seguir su camino. Dios hubiera preferido quitarle la vida a Moisés antes que permitirle continuar con su misión en desobediencia. Su posición como líder no lo exoneró de la disciplina de Dios. Antes bien, lo revistió de una mayor responsabilidad.

Para mí, hay una aplicación personal. No puedo pretender llevar a cabo la tarea que Dios me encomendó si doy lugar a la desobediencia en mi vida.

Cuando nos sometemos al trato de Dios, debemos

humillarnos ante Él y orar como lo hizo David en el Salmo 139:23–24:

Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón;
pruébame y conoce mis pensamientos;
y ve si hay en mí camino de perversidad,
y guíame en el camino eterno.

Si con sinceridad le permitimos al Señor examinar nuestro corazón y si Él no señala cosa alguna que le ofenda, entonces podemos concluir que estamos bajo la prueba de Dios, y no bajo su castigo.

Lo que Dios revele determinará la manera como debemos responder. Nuestra respuesta ante el castigo debe ser el **arrepentimiento**; nuestra respuesta ante la prueba debe ser la **perseverancia**.

Pero si insistimos en perseverar cuando deberíamos arrepentirnos, somos culpables de necedad y falta de sensibilidad.

¿Qué busca Dios?

Las cuestiones básicas acerca del pecado o la justicia están definidas en la tentación original de Satanás a Adán y Eva. Su título griego diabolos (diablo) significa calumniador. Calumniar a alguien significa difamar su carácter. Esta es la actividad principal de Satanás.

Primero y ante todo, Satanás difama el carácter de Dios mismo. De ahí su pregunta original a Eva: “¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?” (Génesis 3:1). Satanás sugería que Dios era un déspota –arbitrario, injusto y sin amor. Dios estaba excluyendo a Adán y a Eva de un conocimiento “superior” que podría descubrirse al probar el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal.

El propósito de Satanás era deteriorar su confianza en la bondad de Dios, cuando en realidad, Dios ya les había provisto todo lo que era bueno, hermoso y agradable.

Después de haber desconfiado de la bondad de Dios, Adán y Eva pasaron a no creer en la palabra de Dios,

y por último al acto de desobediencia. Hubo tres etapas en su caída: **desconfianza, incredulidad y desobediencia**.

A través de la fe en Cristo, Dios hizo posible una redención que invierte el proceso descendente de la caída. Sustituye la incredulidad por la fe, la desobediencia por la obediencia, y la desconfianza por la confianza. El primer paso es la fe que lleva a la obediencia. Pero el proceso no está terminado hasta que la fe se desarrolla en confianza.

¿Cuál es la diferencia entre fe y confianza? Una respuesta que no es teológica podría ser: la fe es una acción, y la confianza es una actitud. (Fue Smith Wigglesworth quien continuamente enfatizó que la fe es una acción).

Una clara ilustración de la diferencia entre fe, como una acción, y confianza, como una actitud, está en el Salmo 37:5:

*Encomienda a Jehová tu camino,
y confía en él; y él hará.*

Encomienda describe un simple un acto de fe. *Confía*, describe una actitud continua que sigue al acto inicial de encomendar. Después de eso, Dios toma el control: *Él hará*.

Una ilustración simple sería hacer un depósito en un banco de ahorros. Usted lleva su dinero al cajero y le entregan un recibo. Eso es *encomendar*.

Después de eso, usted no permanece despierto en la noche preguntándose: ¿realmente el banco está cuidando mi dinero? ¿estoy recibiendo el interés que me corresponde? Usted solo pone el recibo en un lugar seguro y duerme en paz. Eso es *confiar*.

Muchos cristianos dan el primer paso, un acto de fe, pero no mantienen una actitud de confianza. ¡Resulta extraño que muchos de nosotros encontramos más fácil confiar en un banco terrenal que confiar en Dios que está en el cielo!

Un propósito principal que se esconde tras las prue-

bas de Dios es producir confianza en nosotros. Esto fue cierto para Job. En medio de todas sus pruebas él declaró: *“He aquí, aunque él me matare, en él esperaré”*. (Job 13:15)

Además, la confianza permitió que Job levantara sus ojos por encima de la realidad temporal por un momento, para vislumbrar la eternidad y la resurrección:

*“Yo sé que mi Redentor vive,
y al fin se levantará sobre el polvo;
y después de deshecha esta mi piel,
en mi carne he de ver a Dios;
al cual veré por mí mismo,
y mis ojos lo verán, y no otro,
aunque mi corazón desfallece dentro de mí”*. (Job 19:25-27)

¿Por qué es tan importante la confianza? Porque revela nuestra estima del carácter de Dios. Cuando Adán y Eva cedieron a la tentación de Satanás, sus acciones hablaron más fuerte que cualquier palabra que pudieran haber expresado. Ellos estaban diciendo: “Dios no es justo ni amoroso. No nos trata con justicia. Él no es digno de nuestra confianza”.

Nuestra salvación del pecado está incompleta hasta que se haya deshecho los efectos de la caída y se produzca en nosotros esta clase de confianza. Esto puede exigir de nuestra parte el sometimiento a muchas pruebas. Es importante que nunca perdamos de vista el propósito final de Dios: producir en nosotros una confianza inamovible en su absoluta confiabilidad.

Jesús mismo nos dio el ejemplo supremo de confianza. En cumplimiento del plan de su Padre, fue entregado en manos de hombres perversos, crueles e impíos. Éstos lo ridiculizaron, lo abofetearon, lo azotaron, lo desnudaron y lo clavaron en una cruz. Al final exclamó: *“Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has desamparado?”*. (Mateo 27:46)

Aún con todo esto la confianza en la fidelidad de su Padre nunca falló. Con su último aliento entregó su espíritu de vuelta al Padre.

¿Cómo respondemos cuando clamamos a Dios y parece que Él no nos responde? ¿podemos seguir confiando en su fidelidad?

Recuerde, Dios se preocupa más por nuestro carácter que por nuestros logros. Los logros solo importan en la realidad temporal. El carácter es eterno. Determina lo que seremos en la eternidad.

Dios no permitirá que seamos probados más allá de lo que podamos soportar. Él no nos pedirá lo que demandó de Jesús –quizás ni siquiera lo que requirió de Job. Cada prueba que atravesamos está diseñada para moldear nuestro carácter, hasta que seamos en Cristo todo lo que Dios nos creó para llegar a ser.

Bienaventurado el varón que soporta la tentación [prueba]; porque cuando haya resistido la prueba [haya sido aprobado], recibirá la corona de vida. (Santiago 1:12)

El LEGADO de enseñanza de Derek Prince

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas en este artículo fueron tomadas de la versión Reina Valera 1960. Se permite la reproducción de artículos de los archivos de DPM para la distribución gratuita. Para tener acceso a otros materiales de Derek Prince, diríjase a ministeriosderekprince.org.



MINISTERIOS DEREK PRINCE
PO BOX 19501 CHARLOTTE, NC 28219 704.375.3556 WWW.MINISTERIOSDEREKPRINCE.ORG

DEREK
PRINCE
MINISTERIOS

TL97-2SP